

D'CASA®

LA CIMA DEL MUNDO NO ESTÁ EN EL EVEREST

Roger Pilatowsky



Aunque me considero un hombre poco convencional, al igual que muchos otros empresarios, pasé años atrapado en la peligrosa zona de confort que ofrece el brillo engañoso del mundo corporativo. Pero llegó un momento en el que mi alma pidió más. La rutina, las metas externas y la aparente estabilidad se volvieron insuficientes. Necesitaba encontrar un sentido que diera mayor profundidad a mi existencia. Fue entonces cuando decidí emprender una aventura que cambiaría mi vida: una expedición al Everest, no para conquistar la montaña, sino para descubrirme a mí mismo.

Mi viaje comenzó con un encuentro anhelado que, como si estuviera marcado por el destino, encendió mi espíritu. En India, tuve la fortuna de entrevistarme con el Dalai Lama, Tenzin Gyatso. Ante su mirada serena y su sabiduría, le prometí en persona llevar la bandera del Tíbet a la cima de mis capacidades. Ese compromiso no era solo un gesto simbólico, sino un pacto con mi esencia: elevarme por encima de mis miedos y limitaciones. Así comenzó mi travesía hacia la montaña que alberga la “cima del mundo”, pero también hacia la cima de mi ser.

Bajo esas circunstancias tan desafiantes, donde la naturaleza no solo es majestuosa, sino también abrumadora, comprendí la inconmensurable pequeñez y fragilidad del hombre; pero en contraste, la infinita grandeza del espíritu humano. Los Himalayas te despojan de cualquier intento nostálgico de control y te recuerdan lo diminuto que eres frente al universo. Entre paisajes de hielo eterno y cielos que parecen tocar lo divino, encontré silencios que me hablaban con más claridad que cualquier palabra, escuchando el murmullo de los dioses.





Durante las extenuantes pero inspiradoras jornadas de ascenso, fui testigo de actos de resiliencia que me marcaron profundamente. Los sherpas, esos héroes sin capa, me enseñaron que la grandeza humana no reside en lo material, sino en la fortaleza del espíritu. Los veía cargar pesos imposibles, con indumentarias tan austeras que parecían una metáfora de su humildad, mientras sus desgastados “flip-flops” pisaban terrenos que yo apenas podía enfrentar con botas especializadas. Su risa, su disposición para ayudar y su conexión con la montaña eran un recordatorio de que la grandeza no necesita adornos. Entre risas y juegos de cartas con ellos y conmovido con su ejemplo, aprendí sobre el gran impacto positivo que puede y debiere tener en nuestras vidas, el poder abrazar nuestros temores y entenderlos como señales de oportunidad de transmutación y crecimiento; así como la gran importancia que tiene el salir de la comodidad para trascender. En ese contexto, finalmente comprendí que mis miedos no son obstáculos, sino escalones para el ascenso de mi alma, quizá por eso algunos sabios aseguran que detrás del miedo se esconde el éxito.

En esos momentos, que algunos místicos han denominado “El Gran Silencio”, la montaña me habló en su idioma: un lenguaje de epifanías. Entendí que la vida no tiene un sentido único; la vida es la oportunidad de crear sentido. Me di cuenta de que nuestro propósito es ser fieles a la versión de nosotros mismos que soñamos de niños y a la persona que deseamos ser en nuestros últimos días. Si logramos reconciliar esos dos extremos, habremos vivido plenamente.

Alcanzando casi los 6,000 metros de altura, sentí que mi cuerpo estaba al límite, pero mi espíritu nunca estuvo tan libre. En aquel lugar, donde la inmensidad acaricia el alma, comprendí que el Everest en realidad no era una montaña que debía conquistar, sino un espejo que revelaba lo más profundo de mi ser: mis miedos, mis fortalezas y mi verdadera esencia. Regresé a casa con una lección que trasciende la geografía: las cimas más altas están dentro de nosotros.

Sin embargo, el viaje apenas estaba empezando. Hay caminos que, como un susurro a la intuición, te invitan a seguir explorando. Pero eso, eso será otra historia...

“Solo hay dos días en el año en los que no se puede hacer nada: uno se llama ayer y otro mañana. Hoy es el día ideal para amar, crecer y vivir.” (Dalai Lama)



THE TOP OF THE WORLD IS NOT ON EVEREST

Roger Pilatowsky

D'CASA[®]

Although I consider myself an unconventional man, like many other entrepreneurs, I spent years trapped in the dangerous comfort zone offered by the deceptive shine of the corporate world. But there came a moment when my soul demanded more. Routine, external goals, and the illusion of stability became insufficient. I needed to find a meaning that would bring greater depth to my existence. That was when I decided to embark on an adventure that would change my life: an expedition to Everest—not to conquer the mountain, but to discover myself.

My journey began with a long-awaited encounter that, as if marked by destiny, ignited my spirit. In India, I had the privilege of meeting the Dalai Lama, Tenzin Gyatso. Before his serene gaze and profound wisdom, I personally promised to carry the Tibetan flag as high as my body would allow. That commitment was not just a symbolic gesture but a pact with my very essence—an oath to rise above my fears and limitations. Thus began my ascent toward the mountain known as the “top of the world,” but in truth, it led me to the summit of my own being.

Under such challenging circumstances, where nature is not only majestic but also overwhelming, I grasped the immeasurable smallness and fragility of man; yet, in contrast, the infinite greatness of the human spirit. The Himalayas strip away any nostalgic illusion of control and remind you how minuscule you are in the vastness of the universe. Among landscapes of eternal ice and skies that seem to brush against the divine, I found silences that spoke to me more clearly than any words—whispers that carried the murmur of the gods.





During the exhausting yet inspiring days of ascent, I became a witness to acts of resilience that profoundly shaped me. The Sherpas, those heroes without capes, showed me that human greatness does not reside in material wealth but in the strength of the spirit. I watched them carry impossible loads, dressed in nothing but the most austere garments—an almost poetic metaphor for their humility—while their worn-out flip-flops treaded the same treacherous terrain I struggled to conquer in specialized boots. Their laughter, their willingness to help, and their deep connection with the mountain were reminders that true greatness needs no embellishment.

Between laughter and card games with them, and deeply moved by their example, I learned about the profound impact that embracing our fears and understanding them as opportunities for transmutation and growth can and should have in our lives. I also came to realize the immense importance of stepping beyond comfort to transcend. In that context, I finally understood: my fears were not obstacles but stepping stones for the ascent of my soul. Perhaps that is why the wise say that behind fear lies success.

In those moments—what some mystics call The Great Silence—the mountain spoke to me in its own language: a language of epiphanies. I realized that life does not have a single, predefined meaning; rather, life is the opportunity to create meaning. I understood that our purpose is to remain true to two versions of ourselves—the child who once drea-

med without limits and the person we hope to become in our final days. If we manage to reconcile those two, we will have truly lived.

Reaching nearly 6,000 meters above sea level, my body had reached its limits, yet my spirit had never felt so free. In that place, where immensity caresses the soul, I understood that Everest was never a mountain to be conquered—it was a mirror, revealing the deepest truths of my being: my fears, my strengths, and my true essence. I returned home with a lesson that transcends geography: the highest summits are the ones within us.

However, the journey was only just beginning. There are paths that, like whispers to the intuition, invite us to keep exploring.

But that—that is another story...

“There are only two days in the year when nothing can be done: one is called yesterday and the other tomorrow. Today is the ideal day to love, grow, and live.” —Dalai Lama